

CAPITULO LXXXVII.

Principio de los disturbios de Flandes.—Gobierno de la duquesa de Parma.—Causas del general descontento.—Conducta de Felipe II.

Es Felipe II con sus virtudes y sus vicios, con sus flaquezas y grandes cualidades, una figura tan importantísima, que su historia, como la de Carlos I, es casi la de todo el mundo de su tiempo, y para escribirla es necesario ir sin cesar de España á Italia, de Francia á Inglaterra, de Flandes á Portugal, de Alemania á Africa, y estudiar las peripecias porque atravesaron tan diferentes y lejanos países para poder dar cuenta de la intervencion que como primer defensor del dogma católico y primer soberano de Europa tuvo en los asuntos de todos ellos.

Hémosle visto en España llevando á las hogueras á los herejes, en Francia prestando su apoyo á los católicos contra los hugonotes, en Malta humillando el poder de Soliman; y vamos á ver ahora cuál fue su conducta con los flamencos despues que abandonó los Países Bajos para regresar á la Península en 1559.

Ya en otro lugar dimos cuenta de la nada favorable impresion que con su austeridad, su idioma y sus costumbres y aficiones españolas habia producido desde luego en los flamencos acostumbrados al carácter expansivo de su padre que, por otra parte, compatriota de ellos, les hablaba en su lengua, y les guardaba las consideraciones y preferencias, escandalosas primero, mas restringidas despues, que, ocasionando el levantamiento de las Comunidades, estuvieron á punto de hacerle perder el trono. Este hecho debió sin duda influir en el ánimo de Carlos, y le enseñó á mostrarse mas cauto y acomodarse en lo posible al idioma, carácter y costumbres de los diversos pueblos que componian sus estados; pero no aprovechando el hijo la experiencia del padre, no solo nada hizo por captarse las voluntades de sus naturales, sino que afectaba tratarlos con cierta indiferencia, y aun menosprecio, que no podia menos de herir vivamente á gentes acostumbradas á tan diferente conducta como la del anterior monarca.

Las medidas que antes de marchar á España tomó, causaron asimismo grande disgusto; era el carácter de los flamencos frio en lo general, sumamente fogoso cuando se trataba de la conservacion y defensa de sus libertades y privilegios; aborrecian de muerte á la Inquisicion como partidarios casi todos de la libertad de conciencia, y profesaban no pocos la creencia reformada, así es que el aumento de obispos que Felipe elevó desde el número de cuatro hasta el de diez y ocho, fue mirado por el pueblo como una infraccion escandalosa de sus privilegios y como una preparacion para el establecimiento del santo Tribunal inquisitorial; por la nobleza como un golpe á su preponderancia en los Estados generales, y por una parte de los eclesiásticos, aquellos abades que habian de ser reemplazados por los nuevos obispos, con la enemiga consiguiente en quienes veian rebajada su antigua representacion y su influencia en el país.

Los nobles, sobre todo, eran los que mayor descontento manifestaban, porque á las mencionadas causas agregábase la individual ambicion que habia fomentado la parte ciertamente importante que en las empresas de Felipe II habian tenido, y que no se habia satisfecho con haber repartido este entre los principales el gobierno de las provincias flamencas. El que mejor parte de ellas habia obtenido, el príncipe de Orange, Guillermo de Nassau, era el que mas descontento se mostraba, pues juzgábase ofendido por no haber sido nombrado gobernador general de Flandes, cuyo cargo, como sabemos, habia sido confiado á la duquesa de Parma.

Esta habia tenido la suficiente habilidad y prudencia para desvanecer las preveniciones y recelos con que primeramente fue recibida, y de cierto hubiera conseguido mantener en paz aquellos estados si la privanza que con el Rey gozaba el obispo de Arras, que fue mas tarde cardenal Granvela, y la influencia que en el Consejo privado de la duquesa tenia, no le hubieran hecho odioso, no solo á los demás individuos de este, sino á la nobleza en general, y aun al pueblo que le creia partidario de la Inquisicion y de la creacion de los nuevos obispos.

Disgustaba tambien á este último la permanencia de tropas españolas en el país mas tiempo del que el Monarca al partir les habia ofrecido, y conociendo la razon de su queja, dispuso la gobernadora que fuesen trasladadas todas al puerto de Flesinga, en Zelanda, y se prepararan á embarcarse, mas cuando iban á verificarlo, llegó contraórden del Monarca, influido por Granvela, lo cual puso en grave aprieto á la duquesa de Parma é hizo que el pueblo cobrase mayor enemiga al obispo, á pesar de que en virtud de las enérgicas representaciones que hizo la gobernadora á Felipe obtuvo al fin de este que permitiera el embarque de dichas tropas.

Regocijábanse aun los flamencos con este suceso, cuando se recibió la noticia de que Granvela habia sido nombrado cardenal y de que el Rey de España le habia felicitado en carta escrita de su propia mano, manifestándole que habia pedido al Pontífice le dispensara de asistir al concilio de Trento. Tales distinciones, acreditando que la privanza del Cardenal no perdía una pulgada de terreno, enturbiaron un tanto la alegría que la salida de las tropas habia producido, é inspiraron al príncipe de Orange y al conde de Egmont el proyecto de escribir una carta á Felipe II manifestándole las causas de disgusto que la nobleza tenia, señalando como una de ellas el que, contra lo que les habia ofrecido, no se llevaban al

Consejo mas que los asuntos de escaso interés, y los importantes se ventilaban privadamente por una ó dos personas, y como Granvela les habia participado que todos los consejeros serian igualmente responsables de los acontecimientos que pudieran sobrevenir, le suplicaban que, ó les admitiera la dimision de sus cargos, ó diese órden de que todos los negocios se llevaran al Consejo para su resolucion, y al propio tiempo expresaban lo satisfechos que todos se hallaban de la gobernadora.

La respuesta de Felipe fue que agradecía su celo por el servicio suyo, que acerca de sus quejas les llevaria respuesta el conde de Horn, á la sazón en España, y que entretanto nada podian hacer para él mas grato que demostrar gran interés y energía en lo tocante á la fe y al castigo de los herejes.

Vino poco despues el de Horn, y la respuesta que trajo del Monarca fue bastante satisfactoria, pues prometia que en lo sucesivo se tratarian los asuntos conforme deseaban, y les encomendaba de nuevo el mayor celo en punto á religion; pero lo ofrecido no tuvo exacto cumplimiento, y la respuesta vino por otra parte á tiempo que el de Orange se enlazaba con una hija de Mauricio de Sajonia, educada en el luteranismo, y cuando irritaba de nuevo los ánimos el nombramiento del cardenal Granvela para el arzobispado de Malinas.

Era por entonces cuando en Francia se destrozaban mutuamente católicos y protestantes, y cuando Felipe, empeñado en favor de los primeros, se disponia á socorrerles, y en su virtud, además de las tropas que envió de Italia y España, dió órden á Margarita para que mandase igualmente la caballería flamenca.

Opúsose á ello la nobleza, so color de que los protestantes alemanes no dejarían de hacerles pagar con sus propios estados el auxilio que diesen á los católicos franceses, y tal era el estado de los ánimos, que la Duquesa tuvo por prudente arbitrio el desistir de su resolucion, y en vez de las fuerzas pedidas, enviar á Francia un socorro de dinero. Con tan hábil determinacion consiguió que se calmaran los ánimos, é inmediatamente dió cuenta de ello al Monarca, expresando las razones que la habian motivado.

Escribióle tambien Granvela manifestándole que cuanto de él decian acerca de que era partidario de la Inquisicion y de la creacion de nuevos obispos, y de que habia aconsejado á Felipe que cortara media docena ó mas de cabezas, no eran mas que pretextos, pues la verdadera causa del encono del pueblo era su empeño en sostener la autoridad real; le daba cuenta de las conspiraciones que se fraguaban; ponderaba el mal estado de los ánimos, y pintaba como el único remedio posible la ida del Rey á Flandes.

Y así era la verdad; en Flandes procurábase por todos los medios posibles entorpecer y contrarrestar la provision de los nuevos obispos, pues, como ya hemos dicho, se consideraba aquel paso como el precursor del establecimiento de la Inquisicion.

El cardenal Granvela era cada dia objeto de mayor encono, y se publicaban á cada momento libelos y aparecian pasquines contra él, que dia por dia iban tomando un carácter mas amenazador.

Esparcíanse las mas atroces calumnias; acusábasele de que solo anhelaba la perdicion de Flandes y que estaba sosteniendo correspondencias con los católicos de Francia, habiendo formado una liga con los Guisas, de la que él era el principal promovedor.

A estas acusaciones contestaba el Cardenal haciendo otras nuevas, diciendo al Monarca, además de lo que ya hemos indicado, que quienes tenian inteligencias en Francia eran los flamencos con los herejes, y como prueba de ello que habia ido á consultar con estos el doctor Dumoulin que superaba en herejía al mismo Lutero, con otras acusaciones á cual mas terrible, concluyendo todas estas denuncias con la consabida frase de que lo mejor que podia hacer el Rey era ir allá, á fin de poner remedio á tantos males.

Seguia este una conducta ambigua é irresoluta; contestaba á la gobernadora y al Cardenal con no mucha premura, que no habia motivo para aborrecer á este, pues no le habia aconsejado como se decia, aunque lo de cortar media docena de cabezas quizá no seria malo hacello, y que no iba á Flandes por la falta absoluta de dinero en que se hallaba.

Y entre tanto la situacion era cada vez mas crítica; el de Orange y sus partidarios empezaban á tratar con la reina de Inglaterra; el pueblo aumentaba su odio contra Granvela; este escribia de nuevo al Monarca que era indispensable su venida á Flandes, y este seguia la misma incomprensible conducta manifestándose poco político, no solo con los flamencos, sino con la misma Princesa gobernadora que tan buenos servicios le estaba prestando.

Felipe II con sus eternas incertidumbres, con su conducta jamás franca y resuelta, sino misteriosa y torcida, iba agravando la situacion de un modo extraordinario, toda vez que los flamencos, cada vez mas ofendidos y llenos de recelos, se empeñaban en asistir á la Dieta de Francfort, poniendo en ello mayor empeño al ver la negativa que la Gobernadora les dió al saberlo.

Entonces pidieron la convocacion de los Estados generales de Flandes, á lo que tambien la Duquesa se opuso, y de este modo la tirantez aumentaba dia por dia, haciendo todo presagiar que no estaba muy lejano el dia de la lucha.



EL COMPROMISO DE BREDA.

CAPITULO LXXXVIII.

Continúa la agitación en Flandes.—Opinión del duque de Alba sobre la marcha que convenia adoptar.—Conducta que siguió el Monarca.—El compromiso de Breda.

ESTUDIANDO desapasionadamente la marcha de los asuntos en Flandes, preciso es conocer que súplicas y ruegos, peticiones y quejas, todos los medios pacíficos de que podían disponer sus naturales, fueron por ellos agotados para con el Monarca antes de resolverse á llevar al terreno de la fuerza la satisfacción de los agravios que juzgaban haber recibido.

Viendo que las cartas del de Orange y de Egmont no habían surtido el apetecido efecto, acordó mandar á España al Sr. de Montigny para que verbalmente expusiera á Felipe los motivos de la agitación que en el país reinaba, y de los que ya en otro lugar hemos tratado; pero la respuesta que obtuvo el magnate flamenco, ambigua é incompleta, lejos de desvanecer aumentó los recelos de sus conciudadanos, é hizo que comenzando á perder la esperanza de ver sus males remediados por legal camino, trataran ya de obtenerlo por sí mismos, y abiertamente conspirasen alentados y dirigidos por Orange, Egmont, Horn, Berghes, Montigny y otros magnates, á fin de arrojar al cardenal Granvela de la privanza y cargos que gozaba.

Empeñábase el Rey en sostenerle y sus adversarios dirigían á este en 11 de marzo de 1563 una nueva carta, en la que se leían los siguientes expresivos párrafos: «Cuando los hombres principales y los mas prudentes consideran la administración de Flandes, claramente afirman que en el cardenal Granvela consiste la ruina de todo el Gobierno; por lo cual se sienten tan altamente traspasados los ánimos de los flamencos, y con tan firme persuasión, que será imposible arrancarla de ellos mientras él viviese entre nosotros. Pedimos, pues, por aquella lealtad que siempre habeis experimentado en nosotros... que os sirvais de poner en consideración cuánto importa atender al comun dolor y quejas de los pueblos. Porque una y otra vez rogamos á V. M. sea servido de persuadirse á que jamás tendrán feliz suceso los negocios de las provincias, si advierten los súbditos que el árbitro de ellos es un hombre á quien aborrecen... Este ha sido el motivo porque los mas de los señores y gobernadores de estos Estados, y de otros no pocos, han querido significaros estas cosas, para que se pueda obviar á tiempo la ruina que amenaza. Olvidareisla sin duda, Señor, como esperamos; y ciertamente podrán mas con V. M. tantos méritos de vuestros flamencos y tantos ruegos por el bien público, que no la atención de un particular, para que querais por solo él despreñar á tantos obedientísimos criados de V. M. Y mas cuando no solo no puede quejarse nadie de la prudencia de la gobernadora, pero aun os deberemos dar todos inmortales gracias por su gobierno.»

Contestó á esta carta Felipe *al cabo de tres meses*, diciendo solo que vendría que vinieran á España algunos de los magnates que la firmaban, y particularmente escribió al de Egmont para que fuera este quien con él se avistase en Madrid; mas se frustró su objeto, que era el de atraersele con dádivas y mercedes cuando á su lado le tuviese, y hacerle al par sospechoso á sus compañeros, pues, el conde se excusó de abandonar á Flandes con diversos pretextos, y prosiguió con sus demás amigos conspirando, tomando en union de ellos la determinación de dejar de asistir al Consejo de Estado.

La duquesa de Parma, por su parte, despachó á la corte al secretario Armenteros para que informase al Monarca de lo que ocurría, pero este ni se dió prisa en contestar, ni cuando lo hizo fue su respuesta como la exigían las circunstancias, lo cual no es extraño, pues además de su acostumbrada ambigüedad y de su tenacidad habitual, estaba apoyado por el influente duque de Alba, que opinaba que el camino mas conveniente para con los flamencos era el de la fuerza; manifestó enojo contra los menos culpados, y en cuanto á los que merecían que se les cortara la cabeza, sería bueno disimular hasta que se pudiera hacerlo; y hacer salir ocultamente de Flandes á Granvela para que apareciese como fugado, á causa de peligrar allí su vida.

Hízose así esto, y al fin salió Granvela para Borgoña, pero el contento que su marcha produjo en los flamencos, se vió pronto acabado con las medidas de rigor que la gobernadora, cumpliendo lo mandado por Felipe, hubo de tomar contra los herejes, medidas que ocasionaron grande oposición y revueltas, principalmente en Amberes y Bruselas, y á las que los nobles como los plebeyos mostraban abiertamente resistencia.

Aumentóse la gravedad del mal por el empeño del Monarca en hacer recibir en Flandes el Concilio de Trento, algunos de cuyos capítulos eran contrarios á los privilegios del país, y no quería, por tanto, admitirlos este, y entonces se tomó el partido de enviar á España al conde de Egmont, que aceptó esta vez desde luego la embajada.

Recibióle el Rey con agasajo, colmóle de distinciones y mercedes, y para resolver sobre sus peticiones, reunió una junta de teólogos y doctores, personas ilustradísimas y respetables, que fueron de parecer que en vista de lo grave de la situación, podía sin inconveniente permitirse en Flandes la libertad de conciencia, mas replicó Felipe que prefería perder la vida á consentir en tener súbditos herejes, no obstante lo cual despachó para su país al vencedor de Gravelinas con una respuesta sumamente templada y con-

ciliadora, y haciéndole grandes promesas acerca de la reforma de los abusos y medidas de que se mostraban quejosos sus amigos y compatriotas.

«Mas sucedió,—dice un historiador moderno,—que á poco de haber regresado Egmont con los despachos del Rey, escritos en sentido bastante templado, y cuando en su virtud parecía que los ánimos comenzaban á aplacarse algun tanto, se recibieron otros expedidos en Valladolid, de todo punto contrarios á los que llevara el conde mensajero, mandando á la gobernadora que no alojara en manera alguna en la pesquisa y castigo de los anabaptistas y otros herejes, que restableciera en todo su vigor los edictos imperiales, que publicara el Concilio sin restricciones, que reorganizara el Consejo de Estado, que hiciera á los nobles abolir y desterrar la nueva librea, con otras prevenciones no menos rigurosas ni menos opuestas á las que un mes antes habia dado. Encendiéronse con esto y se irritaron mas los espíritus; creció la indignación del pueblo; los nobles tomaron una actitud mas siniestra y hostil y se confederaban mas abiertamente, el mismo conde de Egmont se quejaba amargamente del compromiso en que el Rey le habia puesto, en detrimento de su buen nombre, con medidas tan contrarias á las instrucciones que le dió por escrito y á las ofertas que verbalmente le habia hecho, y amenazaba retirarse del servicio de su soberano. La gobernadora, que por una parte, en obediencia á las órdenes de Felipe, publicaba el Concilio, restablecía los edictos, y empleaba fuertes medidas contra los protestantes, por otra no dejaba de arbitrar medios para templar la efervescencia popular, escribía frecuentemente al Rey, pintándole lo alarmante y peligroso de la situación si no aminoraba sus rigores, inclinábale á ello, y le escribía vivamente á que pasase allá para que viese por sí mismo el estado del pueblo y los inconvenientes y riesgos de su sistema de intolerancia. Mas todos sus esfuerzos se estrellaban contra la insistencia y la dureza del Rey, que no cesaba de repetirle que castigara y procediera contra los herejes, sin remisión, sin consideración á clases ni á personas; que diera toda clase de protección y ayuda á los inquisidores, y que esta era su voluntad, la cual quería se ejecutara y cumpliera y la hiciera ejecutar y cumplir á todos los magistrados de las provincias.»

Júzuese, pues, cuál sería la sorpresa y escándalo de todos cuando ordenaba el Monarca á la duquesa de Parma que procediese sin compasión y sin reparar en número ni clase contra los herejes, y en una palabra, le daba instrucciones completamente opuestas á las que habia llevado el conde de Egmont, y empeoraba con tan incalificable conducta el estado de los ánimos y la situación, nada lisonjera ya del país; hasta el punto de que en 9 de enero de 1566 escribía la gobernadora lo siguiente: «La resolución de V. M. sobre la Inquisición y la observancia de los edictos empeora esto de día en día; deploro la determinación, y creo que V. M. ha sido mal aconsejado: la Inquisición se hace insoporrible á estas gentes: en Amberes y Bruselas se publican carteles y circulan libelos que provocan á la rebelión, y el presidente Vigilio y los mas afectos á V. M. me aconsejan que no dé apoyo á los inquisidores para castigar estos delitos, por temor á los gravísimos inconvenientes que se podrían seguir, los gobernadores y magistrados de las provincias me dicen sin rebozo que no quieren ayudarme y contribuir á que sean quemadas cincuenta ó sesenta mil personas. La escasez y carestía de las subsistencias, los atrasos en las pagas de las tropas, y la poca confianza que me inspiran aumentan mis temores y me hacen temblar: os suplico humildemente que lo mediteis bien y deis alguna satisfacción á los señores del país: es imposible hacer mas de lo que yo estoy haciendo, y lo único que deseo y me resta es poderme retirar.»

A pesar de tan apremiante carta, á pesar de lo grave de la situación, cada día mas erizada de dificultades, Felipe II contiguaba en su resolución, y nada omitía para animar á la duquesa de Parma á proceder con todo rigor en cuantos puntos la habia ordenado.

Tal proceder recrudeció mas y mas los ánimos: formóse en Breda una confederación de no pocos nobles, que bajo juramento, se comprometieron ostensiblemente á resistir con las armas á los edictos y la Inquisición, mas proponiéndose cada cual distintos fines, aun los que pudieran parecer mas difíciles de conseguir como la emancipación del dominio español: el de Orange, Horn, Egmont, Mausfeld, Montigny y otros muchos, en apariencia aliados de los compromisarios de Breda, no dejaban ocultamente de favorecerles y representaban á la gobernadora, que la reforma de los edictos y la abolición del tribunal inquisitorial, eran los únicos medios de devolver á Flandes su perdida calma, y de conjurar la tormenta próxima á estallar; y conforme á estos pareceres, escribía Margarita al Monarca, que si quería evitar la pérdida de aquellos Estados, que veía inminente, se apresurara á someterlos por la fuerza, ó acallara sus quejas satisfaciendo sus deseos, si no totalmente, al menos en lo relativo á la tolerancia religiosa.

Pronto veremos si la conducta del hijo de Carlos I fue tal como exigían las circunstancias, y como le aconsejaban personas tan conocedoras de la situación como la duquesa de Parma y, aunque parezca extraño, el mismo cardenal Granvela.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO, 25

EXCESOS COMETIDOS POR LOS HEREJES EN FLANDES.